

Daniela Dröscher

# MENTIRAS SOBRE MI MADRE

Traductora: Laura Manero Jiménez

Mi madre no cabe en ningún ataúd. Está demasiado gorda, dice. Cuando muera, no quiere que guardemos sus cenizas en una urna, sino que las esparzamos en el mar.

Desde hace unos años vive en la laguna de Stettin, el punto más nororiental de Alemania. No se puede estar más cerca de Polonia, o sea, del país donde nació.

Hablamos mucho de la muerte. Bueno, la verdad es que solo habla ella. Lo que le angustia es su peso, y eso que no sufre ninguna de las clásicas enfermedades que los médicos suelen atribuirles tan a la ligera a los gordos. Ella tiene dolor en los músculos, en las articulaciones.

Con mi madre puedo hablar de muchas cosas. De casi cualquier cosa, en realidad. El único tema que no tocamos nunca es el asunto del dinero. Todo apunta a que ese es un secreto que no desvelará jamás. Ella, seguramente, incluso negaría haber tenido nunca secreto alguno.

Ya lo creo que los tienes, pienso. Igual que todo el mundo tiene tres vidas: la pública, la privada y la secreta.

Deslizo la mirada por sus estanterías de libros. Tolstói, me digo. A mi madre le encanta *Anna Karénina*. ¿Podríamos conversar tal vez sobre la trágica caída en desgracia de la protagonista de Tolstói?

—«Todas las familias felices...» —arranco, pero ella enseguida vuelve su preciosa cabeza hacia el otro lado.

—Bah, cuánta desdicha...

¡Exacto, desdicha!, pienso. Durante toda mi infancia y mi juventud cargué con el aplastante peso de su desdicha. Por eso, esta no es solo su historia, sino también la mía.

—Si no hablas de una vez —amenazo—, tendré que inventarme algo. Tendré que mentir.

—Pues hazlo. A eso te dedicas, al fin y al cabo.

Sonríe complacida y sin dejarse impresionar en absoluto. Es casi como si le gustara ser la protagonista de mi novela. Yo, por el contrario, parezco una niña apocada. No una escritora.

La historia que me ronda es una historia con mucho maquillaje, pelucas rubias, trapecio y doble fondo. Una historia completamente ficticia en muchos sentidos. La filosofía entiende la ficción como un «recurso metodológico para la solución de un problema», y mi problema es el siguiente: en mi familia hay tantos secretos que no sé por dónde empezar. El asunto del dinero es solo uno de ellos.

Que mi madre, pese a estar tan unidas, se muestre a veces tan misteriosa conmigo tiene que ver también con mi padre. Para él, es la persona más enigmática del mundo, aunque al mismo tiempo afirma conocerla del derecho y del revés.

«Tu madre no tiene medida. Ni con el dinero ni con la comida —lo oigo decir—. No hay nada de misterioso en eso.»

Se pasó años estigmatizándola con declaraciones tan rotundas como esa. Y yo..., en algún momento, o por lo menos de vez en cuando, yo lo creí.

De niña, siempre me veía yendo del uno al otro, indagando como una pequeña detective privada que investigaba por su cuenta y riesgo. A una niña cuya atención vaga perdida constantemente por el páramo de los adultos le cuesta diferenciar entre mentiras y secretos.

Si quiero descubrir mi verdad subjetiva sobre el dinero y sobre todo lo demás, debo transformar a mis padres en persona-

jes. Personajes que me ayuden a comprender quién ha contado aquí qué mentiras sobre quién.

Dudo una última vez. ¿Cómo puedo escribir sobre mi madre sin replicar la mirada de mi padre sobre ella?

—Empieza y punto —dice ella de pronto, en voz baja—. Venga. Lo conseguirás.

—¿El qué? —pregunto.

—Pues explicar tu historia de manera que yo quede protegida.

—¿Protegida cómo? ¿Qué quieres decir?

—¿Cómo va a ser? —Sonríe—. Protegida por ti, claro.



Di toda la verdad pero dila sesgada...  
El Circunloquio la hará triunfar  
Demasiado brillante para nuestro frágil Deleite  
Es la sublime sorpresa de la Verdad  
Como el Relámpago explicado a los Niños  
Con palabras tranquilas  
La Verdad debe deslumbrar poco a poco  
O a todo el mundo cegaría...

EMILY DICKINSON

¡Fue una mierda como una casa!  
¡Fue desde rancio hasta provinciano!  
¡Eso es lo que fue!

MONACO FRANZE

(DE LA SERIE DE TELEVISIÓN HOMÓNIMA)



**UNO**

**1983: Año Internacional de las Comunicaciones**

*Ave del año: el avión zapador*



Iba sentada en la parte de atrás de nuestro Volkswagen escarabajo de color naranja. En el suelo del asiento delantero veía la bolsa de viaje de cuero que normalmente usábamos solo para las vacaciones de verano. También el maletero estaba lleno de equipaje. Me daba cuenta de que algo no iba bien.

Todavía era por la mañana. Mi madre hubiera tenido que estar en el trabajo y yo en el jardín de infancia. En lugar de eso, sin embargo, recorríamos las carreteras federales en dirección a Himmelstädt, donde vivían mis abuelos.

—¿Saben el abuelo y la abuela que vamos? —pregunté.

Mi madre se limitó a asentir con la cabeza sin decir nada.

Examiné su rostro en el retrovisor. No apartaba los ojos de la calzada y se esforzaba por ocultarme las lágrimas.

Lo había visto otras veces. «Delante de la niña no», decía siempre mi padre. No quería que me enterara de sus conflictos.

Discutían casi a diario. O, mejor dicho, discutía él; mi madre solo se defendía. La mayoría de las veces, las peleas tenían lugar por la tarde, cuando él llegaba de trabajar y se quejaba porque le parecía que su mujer estaba «demasiado gorda». Ese día había empezado a protestar ya en el desayuno.

Vi que mi madre hacía valientes equilibrios con las lágrimas sobre la fina línea del párpado inferior. Busqué a tientas

a Iwona, mi muñeca, que estaba sentada conmigo en el asiento de atrás. Junto con Pepper, el gato negro, era todo mi mundo. Los demás niños del jardín de infancia del pueblo tenían un hermanito; yo tenía a Iwona.

Dispuesta a animar a mi madre, decidí interpretarle todo mi repertorio de canciones, para lo cual me planté con las piernas separadas en el estrecho espacio que quedaba detrás del freno de mano. Me encantaba ese sitio; desde allí podía verse la carretera sin ningún impedimento. Mi madre, al contrario que mi padre, nunca me obligaba a ponerme el cinturón de seguridad cuando iba con ella en el escarabajo.

Mientras cantaba, las líneas blancas de la mediana pasaban a toda velocidad por debajo del vehículo. A los lados se veían viñedos, también prados de vez en cuando, y solo alguna que otra casa aislada en las colinas.

Ese viaje a Himmelstädt me pareció raro. Hacía mucho que no íbamos a ver a mis abuelos y una eternidad que ellos no nos visitaban a nosotros. En el pasado se habían producido muchas discusiones entre mis abuelos maternos y los paternos, con quienes compartíamos la casa del pueblo. Mi madre nunca consiguió poner paz y mi padre solo lo intentó a medias.

El fluir del paisaje se detuvo de súbito. Una sacudida zarrandeó el escarabajo, como si un gigante lo hubiera agarrado por el maletero. Grité y me aferré a los reposacabezas. El coche traqueteó hacia delante y mi madre dio un volantazo con el que de algún modo consiguió llevarlo hasta el arcén. Me había hecho daño en la cabeza. Primero había salido despedida hacia el techo del vehículo y luego me había estampado contra Iwona.

—¿Todo bien por ahí atrás? —Mi madre se inclinó entre los asientos y me tocó la frente.

Asentí para tranquilizarla.

—¿Estás segura? —Me apartó el flequillo rubio de la cara con una caricia para consolarme.

—¿Qué ha pasado? —pregunté, aturdida.

Ella se volvió otra vez hacia el salpicadero.

—Que se me ha olvidado poner gasolina.

Poco después caminábamos por el arcén de la carretera federal. Mi brazo no era lo bastante largo para alejar de mi cuerpo el tosco bidón de gasolina, así que el metal vacío me golpeaba las piernas a cada paso. Era cansado, pero mi madre llevaba sus zapatos abiertos de tacón alto, las uñas de los pies pintadas de rojo y, en los párpados, sombra de ojos de un azul brillante. Me pareció que un bidón de gasolina oxidado no pegaba con una mujer tan «emperifollada», como la llamaba siempre la abuela Martha, la madre de mi padre.

Hacía un día bastante cálido para el mes de abril y mi madre caminaba deprisa. Pero incluso en ese momento, con todo el bochorno, se cuidaba de que sus andares resultaran elegantes y gráciles, como si flotara. Yo la seguía todo el rato unos pasos por detrás. Me gustaba la forma en que el sol dibujaba nuestras siluetas sobre el asfalto. La sombra de mi madre era larga y ancha; la mía, delgada y corta, e intentaba que quedara dentro de la suya mientras caminábamos.

Las semanas anteriores, en nuestra casa se habían dejado oír las palabras «calorías», «dieta» y «vacaciones de verano». Mi padre quería que mi madre hiciera una «cura de aguas». Ella, sin embargo, se negaba porque no se veía gorda en absoluto.

La abuela Martha le daba la razón a su hijo. «Sin que nadie le hubiera preguntado», como protestaba mi madre. A mi abuela no le gustaba su nuera, y los padres de esta le gustaban menos aún. Eran una familia «de fuera», afirmaba. Pola-

cos y alemanes a la vez, o sea, «alemanes silesios», cosa que a mí me sonaba complicadísima.

—Ahí, mamá, mira. —De la emoción, casi tropecé con el bidón de gasolina.

Unos metros más adelante, en el arcén, había aparecido un poste de socorro que brillaba tan naranja y luminoso como nuestro escarabajo. Mi madre sacudió la cabeza y tiró de mí mientras pasábamos de largo.

—Pero si papá dice que desde ahí se puede llamar al Automóvil Club de Alemania...

Mi padre me había explicado cómo funcionaba, y que a los técnicos de asistencia en carretera los llamaban «los ángeles amarillos».

Mi madre se echó a reír, pero no con una risa auténtica. Me fastidiaba cuando se ponía sarcástica.

—No si se te ha olvidado poner gasolina... —Me miró fijamente—. A papá no puedes contarle nada de esto, ¿me oyes?

Yo asentí con la cabeza, pero noté un hormigueo caliente en la nuca. Mentir, llorar y jugar con la comida, esos eran los tres pecados mortales, y mentir era el más mortal de todos. No había nada que mi madre odiara más que eso.

—Ya sabes cómo es —añadió a modo de disculpa.

Era cierto. Mi padre se pondría hecho una furia si se enteraba de la metedura de pata de mi madre. En su profesión, todo tenía que ser exacto. Construía mecanismos que controlaban otros mecanismos, y cualquier fallo podía costarle la vida a alguien. Los aviones podían caer en picado; los trenes, descarrilar; los coches de Fórmula 1, salirse de la pista a toda velocidad y estrellarse contra la tribuna. Entendía por qué era mejor no contarle nada del depósito vacío.

—Mira, ya casi hemos llegado.

En efecto, a lo lejos se veía una caseta con unas banderas azul marino que ondeaban al viento.

Al llegar a la gasolinera, el olor a combustible se volvió tan intenso que tuve que contener el aliento.

—Respira por la boca —me indicó mi madre.

—¿Qué, se han quedado tiradas?

El gasolinero se quedó prendado de la silueta de mi madre al instante. No me gustó cómo la miraba. Primero recorrió con los ojos su falda tejana, larga hasta la pantorrilla, y luego subió por el fino jersey. Nada hacía pensar que le pareciera «demasiado gorda».

A mí apenas me miró. Yo, en cambio, no le quitaba los ojos de encima, igual que hacía él con mi madre mientras metía la pistola del surtidor en el bidón y lo llenaba de borbotante combustible.

Mi madre se colocó el bolso delante del busto, sacó el monedero y se cruzó de brazos. Fue entonces cuando me di cuenta de que me faltaba algo.

—Iwona. —Con las prisas, me la había dejado en el coche.

—Iwona... ¿Es tu hermana? —La voz del gasolinero, de pronto, tenía un matiz extraño.

Debía de haber pronunciado el nombre en voz alta.

—Solo es una muñeca, y se llama Yvonne —aclaró enseñándome mi madre, dedicándome una mirada amenazadora.

Era cierto que el modelo de muñeca se llamaba originariamente Yvonne, pero mi abuela de Himmelstädt, la que era «de fuera», la había rebautizado como *Iwona*, a la polaca, por pura nostalgia de su antiguo hogar.

—Bueno, pues esto ya está. —El hombre sacó del bidón la pistola del surtidor.

Mi madre abrió el monedero y movió los dedos con concentración al principio, pero después sus gestos se volvieron más inquietos. Hasta que levantó la mirada.

—No llevo suficiente suelto —masculló.

El gasolinero se la quedó mirando, esta vez sin entusiasmo alguno.

—Ya, ¿y ahora qué?

Vi que ella apretaba los dientes y escondía los labios hacia dentro. No era la primera vez que salía sin dinero encima. También en la carnicería o en la floristería pedía a veces que «se lo apuntaran». Solo que aquellas personas la conocían.

El hombre volvió a mirarla de arriba abajo.

—Lo normal sería llamar a la policía.

Asustada, miré a mi madre. Se la veía calmada, pero yo sabía qué cara ponía cuando estaba conteniendo la rabia.

Durante un momento se quedó allí quieta, contemplando los viñedos que ascendían por el otro lado de la carretera.

—¿Sabe qué? —dijo entonces con un suspiro—. Le traeré el dinero mañana, y también un pastel que le prepararé yo misma. ¿Le parece bien?

El hombre dudó.

—¿Puede identificarse, por lo menos?

Ella sacó enseguida la documentación de la cartera. El gasolinero comprobó la fotografía del pasaporte y asintió. Pocos minutos después ya estábamos regresando al coche por el arcén.

Esta vez fue mi madre quien cargó con el pesado bidón. Los chapoteos de la gasolina se oían con cada paso que daba.

Cuando le ofrecí ayuda, la rechazó.

—¿Cómo va tu cabeza? ¿Ya estás del todo bien? —preguntó, aunque sonó más a reproche que a preocupación.

Asentí pese a notar un dolor sordo que me latía en las sienes. Por muy cariñosa que fuera mi madre, a veces tenía cambios de humor repentinos.

No dijo una palabra durante el resto del camino. De vez en cuando paraba un poco para recuperar el aliento, y estuvo a punto de torcerse el tobillo en varias ocasiones. Se notaba

que le costaba muchísimo andar, ya no resultaba nada elegante, pero ni se le pasó por la cabeza quitarse los zapatos de tacón.

Después de llenar el depósito, volvió a enroscar la tapa del bidón y nos dirigió una mirada penetrante primero a mí y luego al escarabajo.

—Bueno, pues nos volvemos a casa —anunció, y me abrió la puerta haciendo mucho ruido.

Yo me acurruqué junto a Iwona en el asiento de atrás. En cuanto mi madre subió al coche, me puse el cinturón. Me pasé todo el trayecto de vuelta vigilando la aguja del indicador de gasolina, que quedaba justo delante de la cabeza de mi madre.